

CENTENARIO

Cien años hace que nació Víctor Hugo. Sombra que iluminó todo un siglo, duerme el silencio que ya jamás ha de interrumpirse. Fatigada, doliente, la generación nueva le olvida. Pero no llamará por fin á su sepulcro, como el niño Pablo, para decir angustiada al abuelo tierno que duerme: *¡Padre mío, despierta!*

No se oye ya su voz poderosa, que arrancó á los cielos sus piedras miliarias para ponerlas en las débiles manos de sus nietezuelos; no se escucha el acento vibrante que ante la inmensa catedral de piedra, colocó la del pensamiento en forma de libro, en las manos de Claudio Frollo; no resuena la cincelada estrofa, el párrafo rotundo que repetía las quejas de los miserables y el eco dolorido de los trabajadores del mar.

Pasamos fríos, desengañados, sin prestar atención á la leyenda de los siglos. No encontramos encantos en las arrogancias de

Hernani ni en la gemebunda agonía de *Ruy Blas*. Ni la furia del águila del casco ni la indignada cólera del bronce logran estremecernos. Buscamos la verdad, no la ficción, la realidad, no la paradoja. Y así descubrimos la frente ante la húmeda huesa cercada de amarantos y ornada de laureles y volvemos después los ojos á un horizonte nuevo para buscar en él la silueta de ese cantor que nunca llega y de cuya robusta garganta han de salir vibrantes los acordes con que la poesía moderna saluda al porvenir.

Toda una centuria tuvo su representación en Hugo, como otra la tuvo en Voltaire. Porque el siglo XVIII fué el de la liberación religiosa, como el XIX el de la emancipación política. El XX necesita otros acordes, otros ritmos, otras cadencias, porque es el de la transformación económica y el de la justicia social.

A la voz de Voltaire se derrumban las aras y á la de Hugo los solios. Cuando escribe fulmina, cuando habla centellea. Por eso le adoraron las muchedumbres. Era la encarnación de la Libertad. Pero su pluma no fué tan sólo ariete, y á través de los fenómenos que cambian, describió la eterna majestad del amor. Al niño prodigioso siguió el hombre águila y á éste el anciano

bondadoso. Destruída toda la labor de ese semidiós, quedaría aún el *Arte de ser abuelo*. Borrada su grandiosa figura de reformador y de atleta incansable, quedaría impresa en la memoria su senectud amable, su cabeza pálida, su semblante augusto, su mano temblorosa, apoyada en las rubias gudejas de los niños.

Zola, ese otro gigante de las letras, se equivoca al pensar que puede desvanecerse la aureola que circunda al autor de *Los Burgraves* y de *Han de Islandia*. Toda la juventud está allí. Antes que ser real, tiene todo arte que ser romántico; antes que ser justa, tiene la sociedad que ser libre; primero que cruzar las estepas de la reflexión, necesitan los hombres embriagarse en los verjeles de la fantasía, siquiera para que al llegar el crepúsculo azulado, preñado de silencios solemnes, pueda llegar hasta ellas el recuerdo de aquel otro, encendido é impregnado de brisas, en que todo eran trinos y en que rasgaba los aires luminosos la voz del bardo.

¡Hugo! Todo un siglo resucita con él. No reneguemos de su labor, que no sólo ha sido francesa, sino humana; no abomineemos de su gloria que supo embellecer una etapa. Y si el nuevo cantor aparece, que acierte á describir los sacudimientos y dolo-

res con que alcanza la sociedad moderna la fecunda maternidad de la razón y de la justicia, todavía sentiremos en nosotros algo muy hondo, algo muy melancólico y dulce, algo muy generoso y cándido, al reproducir en nosotros el cántico lejano de nuestras vírgenes añoranzas y el rumor misterioso, cual de alas que se doblan, como arpas que vibran al impulso del viento, á cuyos armoniosos acordes se meció nuestra cuna.

¡NO ME CONOCES!

He colgado, como todos los días, delante del balcón mi espejillo de mano; he bañado con blanca y jabonosa espuma mis mejillas escuálidas; he trazado después con el índice sobre el vapor congelado en el vidrio un surco luminoso, y, ¡santo Dios!, ¿qué he visto? Una nariz enorme, amenazadora, imponente, como aquella que sirve á cierto jefe de partido para hacer eclipses de sol y luna. En el balcón frontero, un muchacho presentaba en su cara redonda aquel desmesurado apéndice. Limpié el cristal, y al verme, prorrumpió en carcajadas el muchacho. Ya repuesto del susto, me sentí un sí es no es ofendido en mi dignidad y le miré como Alejandro á Calístenes. Tornó á reirse, y por disimular mi turbación, y dejar de mirar la nariz estupenda, bajé las cortinillas. ¡Otro Carnaval ya! Quedé confuso frente al espejo, contemplando mi rostro avejentado, triste y aderezado de espuma, en

tanto que el chiquillo gritaba con su voz gutural:

—*¡No me conoces!*

Parecióme que aquella voz burlona salía del fondo del espejo, que la modulaba mi propia efigie. Y la miré con asombro y espanto.—No te conozco, no, dije por fin. ¿Dónde están tus ensortijados cabellos? ¿Dónde tus largas y sedosas pestañas? Tus ojos brillantes y vivos, ¿qué se hicieron? Y poco me faltó para llorar ante aquella viviente Itálica, resto de juventud, ruina de belleza, despedazado anfiteatro de fuerza, de salud y de gallardía.

¡Carnaval otra vez! ¡Qué cosa tan ridícula! Otra vez los andrajosos mascarones y las tullidas comparsas, y los desafinados canturreos y el tío del *al-higut* y el bobo de los zancos, y el muñeco de piernas de trapo cabalgando en los lomos de la vieja de testuz de madera.

¡Era estúpido! Sí, señor; era estúpido todo ello, sin contar con las serpentinatas de estraza y los polvorientos papelitos y el insostenible espectáculo de una muchedumbre sin rumbo, buscando distracción que no encuentra, placer que no aparece, y aire que no circula.

—*¡No me conoces! ¡No me conoces!*—seguía alborotando el diantre del drope.—Y

yo, hurraño, renunciando á un tocado ya inútil, enjuagué mis mejillas y medí con mis pasos el zaquizamí. Vamos á ver: ¿Qué es el carnaval? Y el gato silencioso apoyado en sus patas como una esfinge, me miraba con sus verdes y enormes pupilas ¿Qué es el Carnaval? Fiesta pagana... y allí, desde su estante, parecían reirse las enciclopedias, los legajos, los cuadernos de apuntes y hasta el busto de Heráclito. Hubiera dicho que era el Carnaval un delirio de sátiros á no ser por respeto á un grabado que representaba al Padre Bohurs.

¡Carnavall! ¿A qué bueno ese anacronismo? Un tiempo ya lejano, la fiesta de los siervos hacía menos penoso el yugo de los Césares; la danza de los ébrios hacía soportar mejor la opresión de los dioses. El amor maldito, como la fruta del bien y del mal, necesitaba ornar su aljaba con casca- beles; la razón, condenada en nombre de un mandato infalible, se disfrazaba para mostrarse de bermellón, oropel y falsas púrpuras.

Pero el amor se hizo sacrosanto, la razón se hizo libre y la última careta cayó al derribar el fanatismo su último templo. Puede calzar el zueco Mesenio, jamás Es- partaco. La luz amarillenta de la ergástula se nubla al encender la civilización sus antorchas.

Me detuve, dí un puntapié á la esfinge y proseguí.

¡Carnaval! ¿Para qué? Preguntad si Garrick pudo soñar jamás tan engañosa mímica como la de quien se llamó vuestro amigo; buscad entre los gestos de Talma, de Latorre ó de Auriol, uno que se asemeje al de la falsa dignidad de nuestros modernos Tartufos. Preguntad á la tierna adolescente cuándo habéis de fiar en su aire de bondad ó desinterés. ¡Caretas, siempre caretas! Pero las de cartón nos venden por nuestras aficiones ó nuestros gustos; las de carne, jamás; las hemos amasado con sangre y lágrimas.

Estaba elocuente. Había derribado libros y sillas, é inconscientemente agitaba como una enseña el inmaculado navajero. Me hallaba en uno de esos transportes en que no podemos movernos sin sembrar en derredor el desorden, así como quien, colocado en la orilla de un río, en una nebulosa mañana de invierno, no puede dar un paso sin rasgar en jirones las nieblas.

Así fué hasta el espejo, y me encontré ridículo con mi aspecto iracundo y mi cara sucia. En la calle era creciente el rumor de risas y charloteos, y el maldito chiquillo vociferaba á pleno pulmón: ¡No me conoces! ¡No me conoces!

Y entonces miré al cielo nublado, con la esperanza de que una formidable tormenta de agua ó de nieve malograra toda aquella fiesta, tétrica sólo para mí. Me deleitaba la idea satánica de que toda aquella muchedumbre bulliciosa habría de volver á sus tugurios maltrecha, calada hasta los huesos, dibujando bajo las caretas el rictus de la ira, la amarga mueca del desencanto.

No era yo solo quien miraba á las nubes. También miraba la vecinita de enfrente. Y miraba frunciendo el gracioso entrecejo, estrujando en sus manos un capuchón rosa. Aquello me llenó de asombro. ¡Cómo! Aquella muchacha que pasaba las noches en claro bordando sin tregua, ¿trabajaba también en el día de asueto por darse la satisfacción infantil de vestirse de máscara? ¡Qué tontería!

Y el hermanito de la costurera afirmóse la pintarrajeada nariz de cartón y me gritó más fuerte que nunca: *¡No me conoces! ¡No me conoces, viejo!*

¡Viejo! Aquello fué para mí una revelación. ¿Sería yo, y no el Carnaval, quien pasaba? Y me acordé de Kempis y de todos los místicos que nos dicen que pasamos como sombras por el tiempo. Y recordé á dos viejos sombríos, Taine y Schopenhauer, asistiendo á los bailes de máscaras para

rendir tributo á la fiesta de la juventud.

Me miré nuevamente en el espejo. Sí, era yo quien pasaba; en tanto que maldecía de placer y del Carnaval, en las arterias de la mocedad meditaba con el amor el genio de la especie. *Lais* preparaba sus galas al compás del hexámetro de Persio. En la lucha entre la razón y la fantasía, entre el pensamiento y la voluntad, triunfaba como siempre... la vida. No había cambiado el mundo, sino yo, y de sus alegrías y expansiones me separaba ya, como en la tierna y profunda dolora, *el yerto mar de los años*, ese azulado piélagos, surcado sólo en una dirección, que separa el ardor juvenil de Lucía de la árida reflexión de su abuela.

¡Viejo! ¡Qué verdad tan amarga! De nuevo parecieron reirse de mí los libros, los estantes y aun los grotescos de las cornisas. Como el amante de Gretchen, hubiera trocado muchos años de análisis por un momento de sensualidad. Yo también hubiera buscado, á través de los agujeros de un antifaz, el fulgor de unos ojos rasgados, deslumbradores, radiantes; yo también hubiérame estremecido al contacto de las blondas de Colombina, hubiera buscado en sus labios húmedos, encendidos como cerezas lúbricas, el beso que provoca el supremo espasmo; también habría susurrado, al com-

pás de la orquesta, la frase balbuciente, la promesa inofda, la embriagadora modulación de quien ama y espera.

Yo hubiera, habría y hubiese... ¡Triste pretérito! No podía hacer revivir el pasado; pero tampoco quitar sus anhelos al porvenir.

Oprimí el timbre y apareció á mi lado la mujer que amé; la que debo amar todavía, la que amo aún.

—Leonor, viste á los niños.

—*¡No me conoces!*—gritaba el vecinito. Y yo, mirándole con cariño por la primera vez, le dije sonriente, como si contestara á la voz misteriosa del Carnaval.

—Sí, te conozco: eres la juventud que invoca sus derechos; eres el placer que se agita, el amor que pasa, la vida que se renueva!

EL TALAMO

Los restos de aquel gigante de la escena que se llamó Antonio Vico, yacen, por fin, lejos de su patria. Pero aquella tierra, que se habrá estremecido al recibirle en su húmedo seno, es también española, pese á Tratados y convenciones. Ha pasado por ella, agitando sus alas, el genio de una raza; ha palpitado al ósculo de nuestro sol; se ha regado con sangre de nuestros soldados, y con sudor de nuestros labriegos se ha hecho fértil. En el humo de fábricas peninsulares que flota sobre sus ríos y ciénagas, vaga el espíritu de nuestra lengua y el alma incorpórea del arte nacional.

Estremece pensar en la noche tétrica en que el barco se deslizó por las sombras, sintiendo en sus costados el golpeteo incesante del encrespado mar. Allí, en las entrañas del fantasma, columpiado por la tormenta, Vico debió pensar, por última vez, que aquellas costas ya nos eran hostiles, que

aquel oleaje entonaba otros himnos, que iba á morir allí, olvidado de todos, lejos de los seres queridos, ausente de la patria, para ser sepultado donde pronto se olvidaría el recuerdo de su voz inspirada y aun el mismo lenguaje cadencioso en que supo dar forma á la belleza imponderable y al arte infinito.

Y pensamos en el genio aterrado, convulso, sintiendo acercarse la muerte, atenzarle los miembros con sus nervios fríos, nublarle los ojos con sus vapores helados y adormecedores, paralizar su corazón con su húmedo soplo y su pensamiento con el témpano de su frente. Nos le imaginamos tembloroso, loco de terror, tendiendo sus brazos paralizados de angustia á una región que se alejaba cada vez más y á una vida que se le hufa por momentos.

No. Vico no pudo morir así.

Antonio era un enamorado de la muerte. Se desposó mil veces con ella, entregándole en arras su genio en el espasmo de la inspiración y el transporte del sentimiento de lo sublime. Pese á Diderot, hay algo que el actor no puede fingir, y ese algo es la agonia. Retratarla, es sentirla; evocarla, desposarse con ella en presentimiento inefable, entregarse en irrevocable voto y sellarlo con lágrimas, gemidos y estertores. Allí, el arte

se eclipsa ante la verdad. Y la muerte recoge la promesa, que no puede quedar incumplida, y en medio del tablado, á la luz de las proyecciones eléctricas, al eco abrumador de un subyugado público que prorrumpe en sollozos, se inclina sobre el actor inspirado y deposita sobre su frente el beso nupcial, frío, pero solemne, pausado, pero augusto, como acto misterioso de posesión que ha de cumplirse, allá, pasados los años, en la noche medrosa y llena de tinieblas, al acorde de la jarcia que el viento sacude y al compás de las olas, que se estrellan furiosas en la obra muerta.

Vico se mostraba en escena dueño de sí mismo, seguro de su inmenso talento, confiado en sus fuerzas y sus inagotables recursos. Pero siempre sereno, impasible, audaz. De sus labios brotaban en cascadas armónicas los conceptos, las frases, las palabras acompasadas, graves y rotundas. Y en tanto que su acento modulaba el apóstrofe del guerrero ó la frase dulcísima del apasionado doncel, sus ojos vagaban por el escenario sin verle é iban á buscar en el espacio un punto indeciso. Á las veces su elocución degeneraba en sonido monotonó, sus actitudes parecían desmayadas y torpes. Se buscaba allí en vano la encarnación de la realidad. De vez en cuando el león sacudía su

poblada melena y mostraba su garra, y los espectadores sentían un estremecimiento que les comunicaba el odio ó la pasión, la vergüenza ó la generosidad, la calma ó la iracundia. Un murmullo de entusiasmo circulaba por todos los asientos y palpitaba en todos los pechos. Después, el actor volvía á su desmayo, á su pasividad, á su monotonía cadenciosa, en tanto que buscaba en el espacio como un punto invisible y rememoraba una nostalgia de algo grande y lejano que no encontraba allí.

Mas llegaba el momento de la muerte. Sus ojos fulguraban; sus mejillas, encendidas primero, se tornaban pálidas; sus dedos se crispaban; de su pecho parecía salir la voz como un tierno quejido ó un sonido ronco. Corría por su frente el sudor, y la agonía aparecía en su hermoso semblante. Los espectadores, sobrecogidos, mudos de horror, abandonaban sus asientos ó permanecían clavados allí sin aliento y sin fuerzas. Entonces el gran actor sonreía, sonreía á la muerte, á su bien amada. Y ella unía en su rostro la belleza marmórea con el lívido horror socrático. Era un desposorio que no se podía presenciar sin angustia. No, no era aquello el arte; era la realidad. Y ante aquel embelesamiento del no ser, aquel enamoramiento trágico de la nada,

acababa por huir aterrada la muerte misma.

No podía cumplirse el voto. Aquel hombre era demasiado grande y hermoso. Demasiado feliz. La parca se ausentaba, murmurando con sus labios sin rosas: «Todavía es temprano. ¡Vive, mi bien amado, vive!»

Después la juventud pasó para transformarse en perspectiva amarga, la gloria fué apagando su antorcha, la fortuna derrumbóse en el polvo. Frío, desengañado, sin fuerzas, inútil para el arte, imposible para la dicha, el actor emprendió su doloroso éxodo. Recogió decepciones, amarguras, y lejos de su patria sintió agostarse sobre su sien el amaranto de sus guirnaldas. Entonces, á la luz del relámpago, al rumor del potente oleaje, en el fondo del barco fantasma, la muerte vino ceñida de azahares á recoger la constante promesa. Y allí debió encontrar á su prometido, amante, como siempre, en su éxtasis glorioso, con su sonrisa plácida, en su inefable embelesamiento. Y así debió morir Antonio Vico, sintiendo realizarse un deseo, cumplirse un voto, disiparse una nebulosa nostalgia, convirtiéndose en perdurable dicha ese breve tránsito que separa á los hombres de las impurezas de la vida terrestre, para abrirles las puertas maravillosas de ébano de los alcázares de la eternidad.